

## Olvidada de ti misma

*Fernando Torre, msp.*

Quizá te hayas topado alguna vez con personas que afanosamente buscan protagonismo, alabanzas, llamar la atención... o con personas que corren tras el dinero, las comodidades, los placeres... Personas esclavas de su egoísmo, obsesionadas por su autoestima o su apariencia, indiferentes a las necesidades de los demás, incapaces de entrega y gratuidad.

Esto es totalmente opuesto a lo que Jesucristo pide a sus discípulos: «niégate a ti mismo» (Mc 8,34); opuesto al olvido propio que Conchita le recomienda a su hija: «El Señor te quiere muy suya, muy de Él, muy perfecta, muy fiel, muy amante, muy abnegada, muy *unida* a su voluntad Santísima, olvidada de ti misma»<sup>1</sup>.

A primera vista, eso de olvidarnos de nosotros mismos parece contradictorio con el amor que debemos tenernos (cf. Mc 12,31), pero no lo es; al contrario, sólo es capaz de olvido propio quien se ama a sí mismo, quien tiene suficiente seguridad interior, quien confía en los demás y tiene la certeza de que Dios lo ama y cuida de él.

El olvido propio no es, en primer lugar, un vaciarme, sino un llenarme: llenarme de amor a Dios y a los demás. Y, como sólo me ocupo en amar, me olvido de darle culto a mi “yo”.

Quien arde en amor, busca complacer al amado. Porque estoy pensando cómo ayudar a los demás, cómo servirlos, me olvido de mí mismo; pensemos en una mamá con un hijo de meses. Porque busco cómo realizar la voluntad de Dios y darle gusto en todo, me olvido de mí mismo. Conchita primero le recomienda a su hija que ame a Dios y haga su voluntad, y luego, como consecuencia, le dice que se olvide de sí misma.

Una persona olvidada de sí misma hace bien a los demás incluso sin hacer nada; sin buscarlo, suscita simpatía y afecto en los otros; está a gusto consigo misma sin caer en la cuenta de su propia felicidad.

---

<sup>1</sup> Carta escrita el 30 abr 1920, en *Cartas a Teresa de María*, México 1989, 295.